

El Defensor del Obrero

La Iglesia quiere y pide que se aúnen los pensamientos y las fuerzas de todas las clases para poner remedio, el mejor que sea posible á las necesidades de los obreros, sobre todo con instituciones Católico-Sociales permanentes y Sindicatos.

LEÓN XIII, Encíclica *Rerum novarum* y Pío X encicli. *I-II-VI-905*, etc.

(Obras, no palabras)

«Todas nuestras Encíclicas responden á procurar el bienestar del pueblo y á que éste aprenda sus derechos y deberes y á dirigirse á sí mismo.

LEÓN XIII al General de los franciscanos, Carta 25 Noviembre de 1898.

ÓRGANO QUINCENAL

de la Academia Católica de Cuestiones Sociales y de los Sindicatos Obreros de Cartagena

PARA LOS OBREROS
SE REPARTE GRATUITAMENTE

REDACCION Y ADMINISTRACION: PALAS, 7 y 9
Horas: De 5 á 11 noche y de 10 mañana á 11 noche los días festivos

PARA LOS BIENHECHORES
100 ejemplares, 1'50 ptas.

La acción social del Clero

I

De todas las cuestiones, aun las políticas, ninguna apasiona tanto los ánimos como la por todos apellidada *cuestión social*; y aunque los hombres de gobierno se preocupan más de alianzas y tratados que aseguren la preponderancia y hasta la hegemonía de sus respectivos países para lo porvenir, el pueblo, las grandes masas se agitan y revuelven más ante un proyecto de nueva legislación social, por la reivindicación de derechos que afiancen la personalidad y la constitución de la clase obrera, por una más perfecta organización del trabajo, por una más equitativa armonía entre éste y el capital. Por eso los grandes agitadores socialistas que se presentaron como redentores del pueblo en Alemania, en Inglaterra y en Rusia—Engels, Carlos Marx, Lassalle, Herzen—y los que en la actualidad les suceden, en muy poco tiempo han congregado á su alrededor centenares de miles de obreros que son ya ejércitos organizados, revolucionarios, ejecutores de venganzas por pasadas humillaciones é injusticias—verdaderas ó supuestas—conquistadores de derechos, de personalidad, de bienestar para la parte más numerosa y más desgraciada de la sociedad; y al ofrecerles un programa y una acción eficaz, hacen alardes de incredulidad, para dar á entender que la religión es un obstáculo que impide la conquista de la justicia social! ¡Siempre la religión, en todas las manifestaciones de la vida, como objeto de los amores ó de los odios de la humanidad!

Es preciso que el Clero desvirtúe y aniquile ese prejuicio tan universalmente extendido y que acuda á luchar en el mismo campo en que es emplazado, levantando posiciones claras y definidas frente al enemigo y que después de demostrar la falsedad de sus principios y de sus teorías y la injusticia de sus procedimientos, contribuya, con los demás católicos que figuren al frente de la acción social, á cimentar todas las obras sociales en los principios religiosos y á enarbolar en ellas la bandera de Cristo, para que vea el pueblo que sus legítimas aspiraciones tienen cabida y satisfacción dentro de la doctrina católica y que

hasta el bienestar material fluye abundante de los principios religiosos.

Para ello parece este el momento más oportuno. Después del triunfo del materialismo en la filosofía de la historia y en la naciente sociología, se pudo observar una saludable reacción en sentido espiritualista y á las reivindicaciones de carácter puramente material, que constituyen los primitivos programas del socialismo, se añadieron otras ético-cíviles y hasta de carácter moral, creciendo esta tendencia de día en día, de suerte que hoy el concepto religioso ha invadido la moderna sociología y hasta los no católicos—Tarda, Stein Kidd—reconocen la religión como factor necesario para la solución satisfactoria de los fines que la sociología pretende realizar. Después del hastío que produce la materia, el espíritu ha reclamado su parte, y hoy el pueblo siente necesidad de Dios, hambre de Dios, desea conocerle, comunicarse con Él y conocer de su propia miseria, acogerse al influjo de su bienhechora Providencia. ¿Cabe mayor desgracia para el hombre que unir á las necesidades del cuerpo la miseria del alma?

Reducido el pueblo según frase de León XIII, á una *esclavitud intolerable y á una miseria sin esperanza* por obra del capitalismo, gran parte de aquél lleva en su alma el hielo de la irreligiosidad porque el filosofismo, para combatir al Clero, impugnó el dogma, y el liberalismo, para destruir los dogmas, empobrece, calumnia y deshonra al Clero; y si bien es verdad que el dogma salió triunfante por la apología católica y el Clero tiende á recuperar su posición social y la estimación popular, no es menos cierto que en medio de tanta y tan enconada lucha hemos visto dolorosas defecciones y extinguirse y apagarse en innumerables muchedumbres la llama de la fe en un mundo sobrenatural para sustituirla con el fuego de lucas concupiscencias. Si tantos cuerpos que parecen imponen al sacerdote la obligación sagrada de correr en su auxilio, ¿qué hará cuando juntamente con los cuerpos se pierden sus almas?

Para encontrar ejemplos seductores y que atraen á la acción, el Clero español no necesita mirar al extranjero, donde no hay apenas una obra social que no esté fundada, dirigida, ó alentada por el sacerdote. Aquí, dentro de

nuestra querida patria, puede ver cuánto valen las iniciativas de esos apóstoles de la acción, cuyos nombres están en todos los labios, por ser ya universal la obra de renovación cristiana á que dedican, sin reparar en obstáculos, las energías todas de sus almas generosas: baste citar por todos, entre el clero regular, al ilustre padre Vicent, gloria de la Compañía de Jesús, y del secular al insigne Manjón, canónigo del Sacro Monte de Granada, fundador de las Escuelas del *Ave María*.

Examinemos los principios de donde nace esa acción, las normas á que debe sujetarse, las obras que han de merecer su preferencia.

VICTORIANO GUIASOLA Y MENÉNDEZ
Arzobispo de Valencia

(Se continuará.)

POR NO HABER ATENDIDO ESTOS CONSEJOS.—Las exhortaciones de los Prelados franceses no fueron cual debían ser escuchadas, y las consecuencias no han tardado en dejarse sentir.

(Del Sr. Obispo de Jaca)

Un sacerdote y un soldado

No sé si habrá llamado vuestra atención—dice el Marqués de Valdegamas—la semejanza, casi la identidad entre las dos personas que parecen más distintas y más contrarias, la semejanza entre el sacerdote y el soldado. Ni el uno ni el otro vive para sí; ni el uno ni el otro vive para su familia; para el uno y para el otro en el sacrificio, en la abnegación, está la gloria.

El encargo del soldado es velar por la independencia de la sociedad civil; el encargo del sacerdote es velar por la independencia de la sociedad religiosa. El deber del sacerdote es morir, dar la vida como el Buen Pastor por sus ovejas. El deber del soldado, como buen hermano, es dar la vida por sus hermanos. Si consideráis la aspereza de la vida sacerdotal, el sacerdocio os parecerá, y lo es en efecto, una verdadera milicia. Si consideráis la santidad del ministerio militar, la milicia casi os parecerá un verdadero sacerdocio. ¿Qué sería del mundo, que sería de Europa, que sería de la civilización si no hubiera sacerdotes ni soldados?—

(Donoso Cortés)

Organicémonos

Es un deber de conciencia el organizar las fuerzas católicas para sostener el avance en que la impiedad pretende avasallar todo.

No se que ocurre, que las insinuaciones de los Obispos primero, y las Pastorales después, recomendando la organización católica se estrellan ante la apatía de los que por su deber y autoridad son los encargados de aportar sus esfuerzos y sus iniciativas á una obra que pueda y deba reducir á cenizas los maquiavélicos planes de la Masonería.

Si los proyectos presentados para transformarlos en hechos fueran de dudoso éxito, entenderíamos esa apatía; pero siendo tan claros como la evidencia, no nos explicamos el por qué de tal inacción.

Tenemos enfrente un enemigo formidable y organizado, por cuyos motivos hace años que ocupa los altos puestos, desde donde se confeccionan las Leyes, y como enemigo nuestro, las dicta para que más ó menos tarde nos destruyan. Para auxiliarnos en su tarea, cuentan con el apoyo de todos los elementos que representan el desorden, la ambición, el robo, el saqueo, el incendio y el asesinato y probando sus hazañas de destrucción, sembraron la consternación y el luto, aun no hace un año, en una de las más importantes ciudades de nuestro Reino, y no satisfecho con tan tremendos horrores, ni mucho menos arrepentido por sus crímenes, parece que aun nos amenaza con la repetición de estos hechos tan vandálicos hasta convertirnos, si pudieran en la triste condición de esclavos. ¿Por qué pues, siendo los más los que sentimos correr por nuestro cuerpo la sangre del Cid y del *Palleter*, no enarbolamos la bandera de la reconquista y expulsamos de nuestro suelo á los que pretenden negarnos todo derecho, y que por compasión parece que nos perdonan la vida? ¿Sabéis por qué? Porque somos cobardes. No nos asuste la frase, es la que merecemos. Hemos abandonado al pueblo y éste se ha marchado con el que le ha halagado y ahora solo sabemos lamentarnos, sabiendo que las lamentaciones nada resuelven.

¿Qué nos resta? Recuperar las posiciones perdidas. Recuperar al pueblo. Estudiad cuantos medios queráis, si os